

### Y en eso ando (versión macarra)

Me pedían un relato sobre la librería, sobre esta librería que hoy se hace vieja. Y, sin embargo, a pesar de todo el dinero y el tiempo que he invertido en los cursos de “escritura creativa” que aquí se hacen, todavía no puedo escribir ni un triste relato. Y mi pobre estómago se queja cada vez que toca uno de esos akelarres literarios donde leer se hace una obligación inherente a escribir.

Y a ello me pongo:

Venían todos los jueves de labor. De labor para ellos, claro, yo estoy en el puto paro desde hace meses. Pro se es otro maldito tema. Entraban sin pedir permiso, sin llamar y, muchas veces, sin saludar. Cada cual a lo suyo. Se iban sentando alrededor de una mesa que ya estaba preparada para el ritual semanal. Hay quienes se ponían a escribir y quienes se ponían a hablar o a escuchar. Quienes escribían pasaban de quienes hablaban y quienes hablaban molestaban a quienes escribían. Nada importaba a nadie.

Así fue como empezaron a parir palabras. De egoísmos y de individualismos todos. Nada nuevo si el lugar no fuese una librería. Eso sí, una librería muy friqui (¿cómo cojones se escribe esta palabra?). En fin, que no era una librería como Dios manda (seguro que sobre las librerías también manda algo). No una de esas librerías normales y corrientes donde yacen las palabras medio muertas a la espera de que alguien se decida a hacer algo con ellas. Sino una librería donde, las palabras, además de invadir todas las esquinas, también salían por feas bocas y estúpidos bolígrafos.

Y es que las malditas palabras no acaban de morir. Hieren, separan, joden (léase fastidian), entristecen, atontan, falsean, asustan, golean, humillan, engañan,... pero jamás mueren las muy cabronas.

En esa rocambolesca librería, hay palabras que te atacan desde todos los lados, alguna hasta en forma de ruido. Y palabras que parecen ir siempre juntas como *obligar y leer, miedo y atroz, mirada y cobarde, Jon y “luego yo”, dolor y estómago, intentar y fracasar, aprender y olvidar, imposible y creativo, ...*

Por si no fuera poco también hay palabras que se perpetran alrededor de una mesa. Como la palabra “*librefriki*”, que se utiliza con las pocas y suicidas librerías que no sólo almacenan palabras yacientes, sino que también colaboran a que las palabras ataquen cada jueves. Tan sólo por gusto y amor a esa especie en vías de extinción llamada literatura.

Iba a acabar diciendo, o mejor dicho escribiendo, que hay que culpar a todas esas palabra de nuestros males. Si no de todos, al menos de algunos. Ahora sé que a quien hay que culpar realmente es a quienes las hacen posibles: Águeda, Carmen, Josetxo, Llum,... ustedes todos.

Y por eso, por eso y por mucho más que hoy oculto: yo... os maldigo.

Macarramente os maldigo. O, al menos, en eso ando